

DE LA MODESTIA.

PRIMER EXÁMEN.

De la modestia cristiana en general.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, que habiéndonos sido propuesto por su Padre por un modelo acabado de toda perfeccion: *Totius sanctitatis perfectissimum exemplar* (S. Bonav.): *Et cunctarum norma virtutum* (S. Lauren. Justin.), nos ha dado toda su vida raros ejemplos de una admirable modestia. Era preciso que esta virtud se mostrase en El con mucho esplendor é hiciese poderosas impresiones sobre los corazones, puesto que san Pablo, queriendo obtener alguna cosa de los corintios, les solicitaba á ello por la modestia de Jesucristo. *Obsecro vos per modestiam Christi*. Admiramos esta modestia, y rindamos mil gracias á Dios de que haya querido hacernos participantes de esta virtud.

SEGUNDO PUNTO.

La modestia cristiana es una virtud que hace que, por respeto á la presencia de Dios y para edificar al prójimo, nos reglemos con decencia todo nuestro exterior.

Examinemos cuál ha sido sobre esto nuestra conducta.

¿No hemos ofendido esta virtud por la ligereza de nuestras miradas, por la inconsideracion de nuestras palabras, por la indecencia de nuestros hábitos ó por cualquiera desarreglo en nuestros gestos, en nuestros pasos, en nuestras posturas, en nuestras acciones?

Para no incurrir en estos defectos, ¿hemos tenido cuidado de traer con frecuencia á nuestros ojos esta gran regla de san Agustin: Que no haya nada en nuestro exterior que no convenga á la santidad de nuestro estado y á la edificacion que debemos al prójimo? *In incessu, statu, habitu et omnibus motibus vestris nihil fiat, quod cuiusquam offendat aspectum: sed quod vestram deceat sanctitatem*.

Cuando nos hemos propuesto seguir esta regla de modestia que nos da san Agustin, ¿no nos hemos apartado de las condiciones que añade san Ambrosio, que quiere que nuestro exterior sea compuesto, mas sin afectacion, sin artificio y sin poner en él gran cuidado? *Sit purus ac simplex: studium desit atque affectatio; nihil enim fucatum placet*. (S. Ambr.).

Cuando hemos mantenido nuestro exterior bien reglado, ¿no ha sido por hipocresía ó por una pura inclinacion natural, en lugar de realzar nuestra modestia por al-

gun motivo de fe á fin de que sea cristiana é interior?

¿Es la consideracion de Dios que está presente, y el respeto que es debido á Su Majestad, por lo que nos mostramos modestos, segun el dicho del Apóstol: *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus; Dominus prope est?* (Philip. iv).

¿Es la obligacion que nuestro Señor nos impone de edificar á nuestros hermanos, y de conducirles á Dios su Padre? *Ut glorificent Patrem vestrum qui in cælis est.* (Matth. v).

¿Es por el celo y por ese espíritu de santidad que hace que una persona no consienta nada en su exterior ó en su interior que pueda poner ó servir de obstáculo á su entera perfeccion? *Ut sit sancta corpore et spiritu.* (I Cor. vii).

En fin, ¿hemos sido modestos igualmente en particular y en secreto como en el mundo y en público; y considerando nuestros cuerpos como los miembros de Jesucristo nuestro Señor, y como los templos del Espíritu Santo, los hemos tratado con la circunspeccion y decencia que en este concepto ellos merecen? *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Membra vestra templum sunt Spiritus Sancti?* (I Cor. vi).

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡cuánto me gozo de aprender por uno de vuestros Santos, que es amar á la santísima Virgen y complacerla imitar su modestia! *Obsecro si Mariam diligitis, si contenditis ei placere, æmulamini modestiam ejus.* (S. Bern. *Serm. in Assumpt. de verb. Apost. XII*). Es por esto, oh Dios mio, que yo tomo la resolucion de trabajar toda mi vida, con el socorro de vuestra gracia, en practicar esta virtud, sabiendo sobre todo que, amando á María y complaciéndola, es á Vos á quien se complace y se ama.

SEGUNDO EXÁMEN.

De la estimacion que debemos hacer de la modestia.

PRIMER PUNTO.

Admiremos la modestia de nuestro Señor conversando sobre la tierra. Tenia esta virtud en El gracias y atractivos que le hacian infinitamente amable, que encantaban á los Angeles y á los hombres, y que le daban á conocer, en medio de sus abatimientos y de los estados más humillantes de su vida, por el Dios de una soberana Majestad: *Apparuit inter homines modestus Dominus majestatis.* (S. Bern.). Adore-

mos y rindamos nosotros nuestros deberes á este divino modelo de una perfecta modestia.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué sentimientos tenemos nosotros en orden á la modestia.

¿La hemos mirado como una virtud singularmente digna de nuestra estima, y que, despues de haber sido santificada en la persona de Jesucristo, ha venido observándose por los cristianos más perfectos? *In viris perfectis est consummateque virtutis.*

¿Hemos creído con los Santos, que esta virtud es la que da ornamento y hermosura á todas las demás, y que sin ella faltaria siempre alguna cosa á su perfeccion? *Reliquas animi dotes illustrat et exornat.* (S. Isidor. *Peius.* lib. II, epist. 28).

¿Hemos atendido á que era necesario que la modestia contenga en sí grandes tesoros, pues que una alma modesta pasa por rica á los ojos de Dios, ante quien todas las riquezas de la tierra no son sino pobreza? *Dives est apud Deum modestia, apud quem nemo dives est.* (Ambr. l. *Off.* xviii).

¿Hemos estado persuadidos de que por simple y comun que parezca esta virtud, ella es sin embargo toda celestial y toda divina, pues que tiene su origen y su principio en el Espíritu Santo, y que, segun

san Pablo, ella es uno de sus principales frutos? *Fructus autem spiritus... modestia.* (Galat. v).

¿No hemos puesto algunas veces ante nuestros ojos esas cuatro grandes ventajas de la modestia que nos marca la Escritura santa: *Finis modestie timor Domini, divitie et gloria et vita* (Prov. xxii): 1.^a El temor filial y respetuoso que ella conserva en el que la practica, y que produce en aquellos que son testigos de su modestia; 2.^a Las riquezas espirituales que ella atrae del cielo en abundancia; 3.^a Una alta idea que ella da de la presencia y de la majestad de Dios; 4.^a La vida eterna que le prepara y le dará por recompensa?

En vez de tener, en vista de esto, amor y estimacion por la modestia, ¿no la hemos mirado solamente como un efecto natural de inclinacion de las personas en quienes la descubrimos, y no hemos creído que el ser modesto ó no serlo era una cosa indiferente?

En fin, cuando hemos dado con personas que hacen profesion de esta virtud y que las hemos visto sonrojarse á la menor palabra indecente, ser reservados en sus discursos y mostrarse en un exterior muy recogido, ¿no hemos tratado su santa reserva de timidez excesiva, de simplicidad y de escrúpulo?

TERCER PUNTO.

Dios mio, si estuviésemos convencidos de la excelencia de la modestia, creeríamos sin dificultad con san Bernardo, que nada es más propio del hombre ni más conveniente que esta virtud: *Nihil idoneum homini, nihil tan congruum christiano*. Dadme hácia ella, yo os lo ruego, oh mi Dios, todo el amor y toda la estima que ella merece, á fin de que la abrace y en ella me ejercite con todo el fervor y toda la fidelidad que deben tenerla vuestros predilectos y vuestros elegidos. *Induite modestiam sicut electi et dilecti Dei*. (Coloss. III, 12).

TERCER EXÁMEN.

De la modestia eclesiástica.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo en el deseo que tiene de hacer practicar una grande modestia á los eclesiásticos. El les solicita á ella en diversos tiempos por los concilios y por los santos Padres; pero en el concilio Tridentino en que se reunió la Iglesia universal se aplica tan en detalle y tan claramente á este respecto, que nosotros nos haríamos culpables si nos dispensásemos de poner todos nuestros cuidados para sobresalir en esta virtud: *Habitu, gestu,*

incessu, sermone aliisque omnibus rebus, nihil nisi grave, moderatum ac religione plenum præferant. (Conc. Trid. sess. XXII, de Reform. c. 1). Admiramos en este aviso el grande amor que el Espíritu Santo tiene por el clero y el cuidado que toma de su perfeccion.

SEGUNDO PUNTO.

¿Hemos nosotros hecho las reflexiones siguientes?

Que sea cual fuere la virtud que pueda tener un eclesiástico, él no llenará todos sus deberes ni desempeñará sus obligaciones, si no está adornado de una grande modestia.

Que hallándose colocado en la Iglesia para ser un modelo de todo género de virtudes, él debe tener esta virtud en un grado eminente de perfeccion.

Que teniendo obligacion muy particular de edificar á los pueblos y de llevarles á Dios por su ejemplo, él no lo podrá hacer de otro modo mejor que por la modestia.

Que no escandaliza tanto al pueblo, ni perjudica á la religion, ni deshonor tanto nuestros misterios, ni hace concebir mayor menosprecio de nuestro estado, que la inmodestia de los eclesiásticos.

Que la santidad de nuestra profesion es tan grande que no puede sufrir en el exterior, no menos que en el interior, el menor

desarreglo; ella condena las más ligeras inmodestias.

Que basta algunas veces una mirada inconsiderada, un gesto indecente, una palabra un poco libre para desacreditar á un eclesiástico y alejarle del estado de producir fruto en la Iglesia.

Que es un gran motivo para poner en duda nuestra vocacion el no tener esta perfecta modestia, que la Iglesia ha prescrito en todo tiempo y demanda al presente en todos sus clérigos.

En fin, que la obligacion de guardarla es tan esencial, que san Ambrosio con toda su dulzura no pudo resolverse á admitir en el clero una persona en la que no encontraba otros defectos que un cierto aire inmodesto y una manera de andar indecente.

Examinémonos si por estas reflexiones ú otras semejantes nos hemos procurado convencer de la obligacion que tienen los eclesiásticos de ser modestos.

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que Vos me habeis llamado á un estado que demanda una tan grande modestia, bendecid el deseo que tengo de trabajar con un celo constante para adquirir esta virtud, que en sentir de los santos Padres y de los Concilios debe hacer uno de los primeros cuidados y una de las principales ocupaciones del sacerdo-

te. Sollicitudo prima ad hoc tendere debet, ut exteriorem hominem componat sacerdos.
(Conc. Hild. c. xvi).

CUARTO EXÁMEN.

De la modestia en el porte de la cabeza y en la composicion de la vista y rostro.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, haciendo ver en todo su exterior una muy rara modestia. Esta virtud, que en sentir de los Santos es como un esplendor ó radio, ó más bien una porcion de la Divinidad: *Modestia portio Dei est* (S. Ambros. l. in Offic. 18), se muestra en El de una manera brillante: *Majestas divinitatis occulta exterius lucebat in facie*. Admiramos esta grande modestia. Nada más digno de nuestros respetos.

SEGUNDO PUNTO.

Consideremos las reglas que los Santos nos han dado en orden á la modestia de la vista y porte de la cabeza.

Ellos quieren: 1. Que la cabeza se tenga ordinariamente derecha, sin levantarla ni inclinarla demasiado; que no se la mueva ni de un lado ni de otro: *Caput teneatur rectum, ad neutrum latus deflectendum.* (S. Ign.). Que no se la sostenga con la ma-

no: *Ne manu mentum sustentent.* (S. Clem. Alex. *Pedag.*). Que no se la vuelva aquí y allá ligeramente y á la menor ocasion: *Caput ne leviter hinc inde circumferatur.*

2. Que no se tengan los ojos descamiados, ni detenidos demasiado fijamente sobre aquellos á quienes se mira: *Oculi ne vagentur* (S. Bonav. *de Profec.*): *Videre sine defixione oculorum.* (Id. *in Specul.*). Que se les tenga de ordinario un poco bajos; que su movimiento no sea ni muy frecuente ni muy precipitado; que las miradas sean siempre humildes, dulces y respetuosas. *Sit aspectus verecundus et simplex.* (Sancte Bonav.).

3. Que procure no expectorar, escupir ni sonarse de una manera que moleste á los demás, que no se chifle jamás. *Labiis et digitis expressi sonus vitandi sunt.* (Clem. Alex.).

Que se abstenga de bailar delante de nadie, sea quien fuere. *Oscitationes sunt instabilis animæ fastidia.* (Clem. Alex.).

4. Que se abstenga igualmente de reirse con estrépito, lo mismo que de reirse muy frecuentemente; mas por el contrario que no se muestre triste, melancólico, muy serio ni muy grave.

Stultus in risu extollit vocem suam: sapiens autem vix tacite ridebit. (Eccli.).

5. Que se evite todo lo que marque algun artificio ó maña que pudiera hacer parecer ó sospechar alguna afectacion.

Nihil fucatum placet; notum natura informet.

Si quid in natura vitii est, industria emendet. (S. Ambr. l. *Off.*).

En fin, que tenga un semblante alegre, sereno, franco, tranquilo, sin violencia, sin afectacion; que muestre un cierto aire de bondad, de dulzura y de piedad capaz de ganar los corazones y de conducir á Dios.

Vultus serenus. (S. Bern. *de Consid.*).

Quamdam in facie hilaritatem prætendens. (S. Bern. l. or. *Honest. Vit.*).

Examinemos si nosotros hemos seguido estas reglas.

TERCER PUNTO.

Dios mio, cuando yo pienso que en diversos lugares de la Escritura se nos dice, que basta ver la faz de un hombre para juzgar de su sabiduría; me es fácil comprender de cuál importancia es llevar un semblante que sea modesto. Yo estoy bien resuelto, oh mi Dios, á guardar las reglas que me dan los Santos para mostrar esta modestia; y á fin de hacerme más fiel, grabad bien en mi espíritu estas divinas palabras: *Sapientia hominis lucet in vultu, et ad occursum faciei cognoscitur sensatus.* (Eccl. vii, 14, 26).

QUINTO EXÁMEN.

De la modestia en el aspecto y postura del cuerpo.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor habitando entre los Santos sobre la tierra, y llenando á todos de una singular modestia, más especialmente á la santísima Virgen, en la cual El moraba de una manera más íntima y más perfecta. *Ubi Christus est, modestia quoque est.* (S. Greg. Naz. Ep. CXXXV). Esta divina Madre llevaba en sí misma la más cumplida imágen de su Hijo, y jamás pura criatura ha llevado como Ella la modestia á un tan alto punto. Admiramos en Ella esta virtud, de la cual ha dicho un gran Santo, que se podía juzgar de la gracia y de la santidad de esta augusta Reina por la sola modestia que mostraba en su exterior. *Ita ut corporis species simulacrum fuerit mentis, figura probitatis.* (S. Ambr.).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos las reglas de modestia que miran al aspecto y á la postura del cuerpo.

Las principales son: 1. De no tener el cuerpo encorvado ni inclinado á uno ú otro lado, sino mantenerlo recto, sin violencia no obstante y sin afectacion.

2. No apoyarse ya sobre un pié y ya

sobre el otro, y no cambiar á todo momento de situacion y de postura; lo cual miran los Santos como una marca de ligereza: *Ne pedes sæpe permutes, aut sæpe movearis: hoc enim signum est levitatis.* (S. Clem. Alex.).

3. No tener las manos sobre el costado ó hácia la espalda, ni llevarlas á la cara, ni tocarse á sí mismo sin alguna necesidad.

4. Abstenerse de esas laxas y libres extensiones de brazos y de piernas, que ordinariamente vienen de un fondo de pereza y negligencia: *Incongruum enim pigra membra distentione resolvere.*

A notabilibus corporis seu membrorum extensionibus, que non sine quadam inhonestate fieri solent, omnino abstineant. (S. Bonav. I, c. 24).

5. Cuando se está de pié ó de rodillas ó sentado, no apoyarse ó inclinarse indecentemente, y no cruzar los piés ni poner una sobre otra las piernas. *Humilem enim et honestum femori, femur imponere vel pedes cancellare non decet.*

Sine alterutra superjectione pedum, sine alterutra accubatione laterum, sine divaricatione seu dilatatione crurum, etc. (S. Bonav. Specul. p. I, c. 19).

En fin, es de la modestia eclesiástica evitar los aspectos y posturas altivas, sueltas y afeminadas, disolutas y demasiado libres, las que muestran ligereza é inmortificacion;

en una palabra, las que pudieran dar motivo de menosprecio ó de escándalo á los que no juzgan de nosotros sino por el exterior: *Ne hominibus de exterius tantum judicantibus scandalo sint, eorumque status et ministerium in contemptum veniant.* (Conc. Mexic. an. 1585, lib. 3, tit. 5).

Examinemos si hemos nosotros sido fieles en seguir estas reglas.

TERCER PUNTO.

Dios mio, no es sino para restablecer la modestia en el clero que hicisteis aparecer con tanto esplendor esta virtud en san Francisco de Sales. Este gran Prelado la observó con tanta fidelidad durante toda su vida, que no se dispensó de ella ni áun en su secreta y privada vida; porque donde quiera él os tenia presente y os llevaba delante de sus ojos. Dadme parte, oh Dios mio, de esta gracia, y haced que, para marchar sobre sus pasos, yo tambien en todas ocasiones os tenga siempre delante de mí. *Vivit Dominus in cujus conspectu sto.* (III Reg. xvii, 1).

SEXTO EXÁMEN.

De la modestia en hablar.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor hablando con una modestia tal, que por los atractivos de esta virtud que mostraba en todos sus discursos, lo mismo que por la fuerza de sus palabras, atraia la admiracion de cuantos le escuchaban: *Omnes mirabantur in verbis gratiæ quæ procedebant de ore ejus.* (Luc. iv, 22).

Rindámosle nuestros deberes bajo este respeto.

SEGUNDO PUNTO.

La modestia en hablar demanda que no se hable mucho ni demasiado poco. *Tempus tacendi, et tempus loquendi.* (Eccl. iii, 7).

Ella no puede sufrir sino con pena esos largos discursos que no dan á los otros tiempo de hablar, ni á esos taciturnos que por su silencio mal reglado vienen á dar un gran capítulo de critica en las conversaciones.

Discrete quippe vicissitudinum pensanda sunt tempora, ne aut cum restringi lingua debet, per verba inutilia defluat, aut cum loqui utiliter potest, semetipsam pigre restringat. (S. Greg.).

Ella no permite que se interrumpa á los que hablan, ni que se prevenga por una respuesta precipitada á los que nos preguntan.

Loquente alio loquantur, aut verba loquentium quovis modo interrumpere presumant. (S. Bonav. *Specul.* p. I, c. 20).

Ella regula de tal modo el tono de voz, que no quiere que sea ni demasiado alto ni demasiado bajo.

Ipsam sonum vocis librat modestia. (San Ambr. l. *Offic.* XVIII).

Ut molliculum et infractum vocis sonum non probo, ita neque agrestem ac rusticum. (Ibid. cap. XIX).

Ella no sufre que se sirva de un tono imperioso, magistral y colérico.

Non jactanter, impetuose, clamose, despectius, nimis rigide. (S. Bonav. *Specul.*).

Ella condena las palabras de mentira, de burla, de menosprecio, de bufonería, de lisonja, de vanidad y todas las demás que puedan herir la decencia, ó dar justo desagrado á aquellos con quienes se conversa.

Si de omni verbo otioso Deo reddituri sunt rationem, quanto districtius de verbo mendaci, mordaci, injurioso, etc. (S. Bern.).

Ella juzga indecente en los eclesiásticos entretenerse como las gentes del siglo en las novedades del mundo, de lo que pasa en el ejército, de lo que se hace en secreto, de lo que se dice en la ciudad.

Ipsi de mundo sunt, ideo de mundo loquuntur, et mundus eos audit! Nos ex Deo sumus. (I Joan. IV, 5).

Ella hace que en la conversacion no se lance uno á manifestar su opinion sobre las materias que se presentan, como si se fuese más capaz de juzgar que los demás; que cuando se manifiesta sea siempre con simplicidad, y que si las cosas son dudosas, no se hable nunca de una manera decisiva y magistral.

Ella evita todo género de contestaciones y disputas, y desea mejor dejarse vencer cediendo con dulzura que triunfar con porfia: *Eligens potius honeste vinci, quam periculose vincere.* (S. Greg. Naz.).

Por último, como ella se observa en todas sus palabras, segun este aviso de san Agustin: *Omnia verba prius veniant ad mentem quam ad linguam*; ella no dice jamás nada que pueda chocar á la decencia y con que el prójimo no sea edificado.

Examinemos si hemos seguido estas reglas de modestia que los Santos nos han marcado.

TERCER PUNTO.

Quitad, oh Dios mio, quitad la precipitacion y todos los desarreglos de mi lengua: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiæ labiis meis.* (Ps. CXL, v. 3, 5). De otro modo yo no me abstendré

jamás de violar las reglas de la modestia que debo guardar en mis palabras. *Domini enim est gubernare linguam quam nullus hominum domare potest.* (Jac. III, 8).

SÉPTIMO EXÁMEN.

De la modestia eclesiástica en los hábitos.

PRIMER PUNTO.

Habitu clericalem declaramus eum esse, qui veste talari ac tonsura constat, etc. (Conc. Aquileiens. circa an. 1556).

Adoremos á nuestro Señor bajo la figura de ese hombre sabio de quien se habla en el Eclesiástico: *Ex visu cognoscitur vir, et amictus corporis enuntiat de illo.* (Eccli. c. XIX, 26, 27). El nada tiene de rico ni de brillante; ningun ornamento superfluo ni nada de singular; todo en él es simple, comun y segun las reglas de la más exacta modestia. ¡Qué bello ejemplo este para reformar lo que haya de inmodesto en nuestros hábitos!

SEGUNDO PUNTO.

Consideremos las reglas que la modestia eclesiástica nos da en orden á nuestros vestuarios.

Ella no nos permite llevarlos de oro, de plata, de encaje, ni servirnos de telas de seda ó que ostenten lustre y brillo.

Clericum qui se splendidis vestibus exornat, corrigere oportet. (Conc. Nicen. II; Act. VIII, 16).

Non sint magnificæ aut pretiosæ clericorum vestes. (Syn. Placent.).

A sericis vestibus abstineant. (Conc. Florent., Mog., Medion., Betur., Burdig.).

Simplices, nulla vanitate notandæ.

Ella no sufre sino con pena las telas transparentes y al través de las cuales se pueda ver el hábito interior.

Ella quiere, de conformidad con los cánones, que jamás se lleven sotanas ni muy amplias ni muy estrechas, ni muy largas, ni muy cortas.

Nec laxiores, nec strictiores quam decet. (Conc. Senon.).

Nec sint nimia brevitatem aut longitudinem notandæ. (Conc. Later.).

Ella quiere que en los alzacuellos, fajas de cintura, sombreros y otros vestidos semejantes se evite todo lo que pudiera mostrar singularidad, aire de mundo y uso de modas del siglo.

Collaria brevia sint. (Conc. Burd. 1614).

Lintæ manicellæ simplices. (Edict. Urban. VIII, *jussu editum* 1614.—*Modeste late, non rugosæ.* (Synod. Castellam. 1595).

Pilei simplices, quales cæteri Ecclesiastici, pro tempore reformati, gestare solent. (Synod. Bysantin. 1573).

Si ella permite llevar hábitos interiores

de un color moreno y oscuro, no admite jamás sino el color negro para los exteriores.

No quiere que nos despojemos de la sotana sino para ir á la cama. Ni deja que nunca se la levante sobre la rodilla, y desea se la mantenga firme de tal modo que no aparezca nada de lo interior; en lo que previene se sea fiel áun en presencia de familiares y domésticos.

Ella no aprueba los cabellos largos, frisados y empolvados, y jamás dispensa de llevar la corona abierta.

Ella suprime todos los adornos superfluos, y no se acomoda con esas modas nuevas, que mostrando mucho aire de mundo no convienen á nuestra profesion.

Per immoderatum cultum caveant dehonestare religionis dignitatem. (Conc. Aquisgran. c. CXXIX).

Si ella condena los excesos de la delicadeza, desea sí que los hábitos no sean sucios, rasgados é impropios.

Ne aut studiosius exquisita cultus elegantia, aut nimis abjecta negligentia et affectata, sordes apareant. (Mediol.).

En fin, ella no se separa nunca de esta regla que nos dan los Santos: *Totus clericalis vestitus ostentationem, luxum, et quidquid novum, inane, exquisitum, sumptuosum est, nesciat.* (Synod. Nucerin. an. 1606).

Examinemos si nosotros hemos observado estas reglas.

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que la modestia no se hace conocer menos por los hábitos que por las costumbres: *Non minus ex honesto habitu, quam ex honestis moribus ostenditur* (Synod. Veron.), yo formo designio de vestirme en adelante de una manera muy modesta, para no ser del número de los clérigos que, por el desarreglo de sus hábitos, deshonran la Religion, y se exponen ellos mismos á la burla de los pueblos. *Dehonestant Religionis dignitatem, et cadunt sub illusionis plebis.* (Synod. Matic.).

OCTAVO EXÁMEN.

De la modestia en el andar.

PRIMER PUNTO.

Admiremos la grande modestia que san Francisco mostraba en su manera de andar. Brillaba de tal modo en él esta virtud, y daba tanta gracia á todos sus pasos, que ellos venian á servir como de otras tantas predicaciones edificantes; y se cuenta en la historia de su vida que no tenia más que marchar por las calles para llevar el mundo á Dios y retraer á los pecadores de sus extravíos. Rindamos nuestros homenajes á nuestro Señor, modelo, manantial y principio de toda modestia.